



ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

SU IMPORTANCIA.

Damos fin á la historia de las mujeres célebres de la antigüedad. De su inmenso catálogo solo hemos escogido las mas sobresalientes: si hubiéramos de reseñar á todas seria interminable nuestra tarea. Pero fíjese la atencion en lo que llevamos publicado; examínese esa magnífica galería de mujeres célebres; véase el extenso período que hemos recorrido, y se podrá apreciar lo que contiene.

Desde Eva hasta la sábia china, que ha sido objeto de nuestros últimos artículos, no se hallará una virtud y una ciencia que no pueda presentar por modelo á una mujer; á ese sér tan poco apreciado en lo general por el hombre, porque no es comprendido, porque no son todos capaces de comprenderle. La limitada inteligencia de muchos no abarca la vastísima de la mujer: la dureza de nuestro corazon no concibe la sensibilidad del suyo.

Examinad la vida de los hombres de alma inteligente, de corazon apasionado, y les vereis á todos inspirados ó supeditados por una mujer: ¡ángel de bondad, cuya sonrisa hace brotar de nuestra mente la inspiracion!

Fuerte el hombre por la naturaleza; dotado de altivez y poderío, es humilde y débil ante la que no tiene fuerza, y todo en ella es humilde. Esta debilidad, esta abdicacion de poder es lo que mas nos ennoblece. Honra al valiente no prevalecerse de la flaqueza de su contrario. ¿Se creyó humillado el altivo romano cediendo á las lágrimas de su madre para que cediera en su venganza? No: le ensalzó mas: consiguió mas ostentoso triunfo que si hubiera entrado en Roma hollando escombros y cadáveres.

La mujer, creada para nuestra ventura, solo debe ser instrumento de paz, de felicidad. Infelices de los que las convierten en instrumento de maldad; forman las cadenas que han de aprisionarlos, el puñal que ha de herirlos, el veneno que ha de matarlos.

Considérese á la mujer como el génio del bien; no hagamos lo sea del mal. Ya hemos visto lo que en ellas puede el

ejemplo; lo que puede la desesperacion; y hemos podido conocer lo que los pueblos las deben. Una reina que reúne á su poderío el del encanto de la hermosura, es dos veces reina, y hay que obedecerla y amarla; y la que manda así en el corazon, puede hacer de un pueblo corrompido un pueblo virtuoso.

Se vé comunmente á mujeres que sin inspirar pasiones, se las rinde una especie de culto, que excede á veces al de una pasion. Esta mujer domina por su inteligencia ó por sus virtudes; la hacemos nuestra confidente, buscamos su consejo, y le obedecemos. Su poderío es inmenso: ante ella tiene el hombre que abdicar de su voluntad.

¡Desgraciado el siglo, podrémos repetir con el filósofo francés, en que pierden las mujeres su ascendiente y de nada sirven sus juicios á los hombres! Este es el último grado de la depravacion. Y en efecto, si queremos conocer las buenas costumbres de los pueblos, examinemos si es en ellos respetada y considerada la mujer, veamos si se las rinde el debido culto que el buen sentido aconseja, miremos si son ellas las que intervienen en la crianza y educacion de sus hijos, y les guian con sus consejos y con su ejemplo por la senda del honor y de la virtud. Allí donde tales costumbres veamos; allí hay virtudes; allí tiene su imperio la mujer.

No usurpe la sociedad á la mujer sus preciosas atribuciones; honremos de consuno á ese sér rodeado de peligros y desgracias; no las quitemos nuestro respeto, que es el único apoyo que tienen en el mundo, y bendiciremos nuestra obra. Lo mismo que consideramos á la mujer querida, consideremos á to-

das. El despreciarlas es despreciarnos.

No tardaremos mucho en ocuparnos de cómo es hoy considerada la mujer, no por nuestra sociedad, sino por algunos miembros indignos de ella, y entonces pondremos mas en evidencia la importancia que tiene la mujer y la influencia en las costumbres.

Pero vamos á continuar su interesante historia. Mas conocida ahora por ser mas moderna, cuando lleguemos á nuestro siglo, se podrá abarcar el inmenso espacio que recorreremos, y comprenderse las variaciones que ha sufrido el estado de la mujer.

La veremos en todas las clases de la sociedad. Veremos reinas que honraron la humanidad: veremos aldeanas que enaltecieron á su nacion y á su siglo. Isabel la Católica, dando al mundo otro nuevo, y Juana de Arco, salvando á su patria y á su rey, á quien le dió la corona, no serán mas grandes á pesar de su grandeza que la mujer que descubre la quina, que las que adelantaron las ciencias, las artes y las letras. Otras sin el esplendor del trono, sin el brillo de la corona, reinan en su pueblo, en su casa, siendo el gérmen de envidiables virtudes, y un tesoro de paz y ventura. Porque no vamos solo á presentar á esas mujeres á quienes la fama justamente ha ensalzado, no; vamos á rehabilitar la finada memoria, á sacar de la oscuridad en que yacen, algunas mujeres del pueblo, y á arrebatargas de entre la multitud para erijirlas un merecido altar de gloria.

No creemos llenar mejor las primeras páginas de este periódico, dedicado especialmente á nuestra preciosa mitad, que retratándola á ella misma, y for-

mando su ilustre genealogía, para lograr enaltecer su espíritu, sublimar su alma, y estimular su decisión.

En todas las esferas sociales puede ser grande la mujer, puede brillar, y desde la cabaña al trono hay tantos teatros para su gloria como gerarquías sociales se cuentan.

A todas presentaremos ejemplos: to-

das les tienen. ¡Felices nosotros si llegamos á conocer la importancia de nuestra tarea, y la desempeñamos con mediano acierto! Digna es la causa que defendemos: ella nos alentará, la mujer nos inspirará. Su sonrisa será un manantial de inspiración.

A. P.

LITERATURA.

LA FUENTE.

A....

¿Qué dice á tus sentidos el agua fugitiva

Que brota de esa fuente con vago murmurar?

¿Por qué pasas la tarde junto á ella pensativa?

¿Por qué siguen su curso tus ojos con afán?

¡Quizá para tí evoca su linfa trasparente

Una imagen querida, que allí se reflejó!

¡Quizá su rumor blando te halaga dulcemente,

Como el eco perdido de palabras de amor!

Y por eso el susurro del aura entre las hojas

Avidamente escuchas, y te hace estremecer;

Y formas frescos ramos, y luego los arrojas

Al agua, que se lleva tus lágrimas tambien!

Ay! cuando así te abate la fuerza del quebranto

Viendo esas claras ondas, reflexionar podrás

Que así como confunden tus flores y tu llanto,

Confúndese en el alma el gozo y el pesar:

Que cual esa corriente rápida y fugitiva,

La juventud ¡ay! pasa, y con ella el amor!

Y la vida, por último, continua alternativa,

Entre la risa, el llanto, la dicha y el dolor:

¡Y has de cruzar tú el mundo á imagen de esa fuente,

Que corriendo entre el lodo no se enturbia jamás,

Reflejando en el fondo de su limpia corriente

Del cielo la tranquila y pura claridad!

Dolores Cabrera y Heredia.

UNA CORONA DE ENCINA.

NOVELA.

I.

La cabaña.

Las once sonaban en la capilla que hacia veces de iglesia en una pequeña aldea situada en las cercanías de Gonda ⁽¹⁾. La noche era sombría, la lluvia caía á torrentes, y sin embargo, tres personas á caballo, cubiertas con largas capas, atravesaban resueltamente el camino que conducía á una miserable cabaña situada al lado izquierdo de la calzada.

Apenas llegaron á la puerta de la pobre choza que buscaban, una de las personas se apeó y dió dos golpecitos misteriosos. Un rayo de luz iluminó al momento la ventanilla, y la puerta se abrió de repente. Todo conducía á creer que los de la casa esperaban aquella visita.

—¿Ha llegado? preguntó en voz baja uno de los viajeros.

—¡Oh! no, señor: respondió en mal holandés una anciana flamenca, que era la que habia abierto la puerta. Ha quedado en venir á media noche... pero... entrad... entrad... todo está pronto.

Al oír estas palabras, el caballero presentó la mano á las dos personas que permanecían á caballo, para ayudarlas á bajar, y todos tres entraron en la cabaña.

A la débil claridad que se percibía en el interior de la casa, bien se distinguía que, aunque envueltas en largos mantos, estas dos personas pertenecían al sexo femenino. El caballero que hacia de guía las condujo á una pequeña habitacion que les es-

taba destinada, y saludándolas con el mayor respeto se retiró.

Apenas hubo cerrado la puerta, oyóse por dentro el ruido que hacían al correr los cerrojos, y todo quedó en silencio.

Sonó despues la media noche, grave y solemne, y en el momento se sintieron segunda vez á la puerta los dos golpecitos de inteligencia. Segunda vez se abrió también la puerta, y en medio del misterio que el silencio de la noche presta á todas las cosas, introdujeron en la habitacion de los cerrojos á un jóven cuyo traje oscuro hacia adivinar un médico.

¿Aquellas damas, eran jóvenes ó ancianas? ¿feas ó hermosas? Dificil era, en verdad, adivinar nada, pues una de ellas, que parecia sufrir bastante, llevaba el rostro enteramente cubierto con una mascarilla de terciopelo, y la otra estaba de tal manera envuelta entre los faralares de una enorme cófia, que era punto menos que imposible distinguir sus facciones. En cuanto á sus trajes, eran sencillos, como lo son en general los de la clase media en Holanda.

Al cabo de algunas horas, percibíase en la habitacion de los cerrojos alguna agitacion como de personas que van de un lado á otro, y resonó un grito horrible seguido de ahogados gemidos, que hicieron estremecer á los habitantes de la cabaña.

Abrióse entonces la puerta, y la dama cuyo rostro estaba envuelto en la enorme cófia, entregó al caballero que las habia acompañado un niño que acababa de nacer.

El caballero le envolvió en su capa, volvió á montar á caballo, y partió al galope... luego no se oyó mas que el ruido del caballo que se alejaba, y todo tornó á quedar en el mayor silencio.

ROBUSTIANA ARMIÑO.

(Se continuará.)

(1) Gonda, ciudad de Holanda.

EDUCACION.

FÍSICA RECREATIVA.

I.

Nada mas comun en la mujer que preguntar en qué consiste tal ó cuál fenómeno metereológico cuyos efectos conoce, pero que ignora su origen, y nada mas natural, puesto que por una escepcion incomprensible pocas veces, ó casi nunca, se la dedica al estudio de la física: creemos por lo tanto, que cumplirá á nuestro propósito de enseñar recreando, la publicacion de una série de articulos en que se espliquen la mayor parte de los fenómenos que abraza esta ciencia.

¿Por qué ha de ignorar la mujer lo que es la tempestad, el huracan ó el terremoto? ¿Por qué ha de asustarse del trueno cuando vió el relámpago, y ha de creer abrasada la tierra por la aparicion de un cometa, ó próximo el juicio final, si fuera posible ofrecerle un eclipse total de sol? La ignorancia en que se la tiene respecto á ciencias físicas es causa de los muchos errores que padece, y de los descabellados juicios que á veces forma; juicios que escitan la risa del hombre, calificándolos en general de necedades, sin considerar que si él mismo no hubiera estudiado física seria igualmente ignorante, y se asombraria lo mismo al contemplar el curso de los astros ó el reflejo del mar; pudiendo citar como prueba de esto al campesino que corre á cobijarse bajo de un árbol cuando la tempestad le amenaza en el monte ó la llanura, creyéndose allí seguro, mientras que lo que hace es acercarse al peligro; llora contrito sus pecados cuando se le presenta la aurora boreal, que mira como una amenaza del Omnipotente, y se santigua al fulgor del relámpago para que Dios le libre del trueno.

Semejantes razones bastan á probar el deber que tiene todo padre de dedicar al estudio de la física lo mismo á los niños que á las niñas, con lo cual llegaria dia en que la mujer podria tomar parte en las conversaciones científicas; y si bien no tendria un conocimiento profundo de ellas, que para nada necesita, al menos se hallaria mas dispuesta á aprender, su raciocinio seria menos vago en estas materias, y su conversacion mas grata, puesto que se alejaria de la monotonía del *sí* y el *no* que acostumbra cuando no versa sobre modas, bailes ó paseos.

El trabajo que me propongo tiende por lo tanto á dar una ligera idea de la física y astronomía en general, pero de un modo grato; cada artículo comprenderá la descripcion de algun fenómeno meteorológico, despojada de consideraciones filosóficas que harian difusa y enojosa su lectura en un periódico de amena literatura. Me concretaré, pues, á su forma, causa y efectos, con lo cual lograré quizá instruir deleitando, y ojalá que así despierte el gusto de las madres á enseñar física á sus hijas, por mas que el vulgo se ria de que la mujer quiera igualar su educacion á la del hombre, y que la envidia tache irónicamente de *literata* ó *marisabidilla* á la que sabe algo mas que coser y bordar.

Emilio de Tamarit.

VARIEDADES.

El saludo.

Lo que se llama *saludo* y cumplimiento, constituye la parte mimica de la elegante sociedad; el *saludo* en particular puede decirse con propiedad que es un baile cuyas posturas son mas ó menos estremadas, segun la moda de la época y el carácter del indi-

viduo; antiguamente los saludos se componían de variadas contorsiones, lo cual dió lugar al italiano Marin, cuando fué á Francia en tiempo de Luis XIII, á escribir á sus amigos *que en Francia toda conversacion principiaba por un baile*; no hace mucho tiempo, es decir, cuando era moda aprender á bailar, porque ahora todos bailan sin escuela, los maestros de baile lo primero que enseñaban era las cortesías: en fin, cayó en desuso, y actualmente los saludos han tomado otro carácter mas circunspeto; sin embargo, es tal la infinita variedad de inflexiones y gestos que todavía se usan, que seria imposible describirlo.

A todo encuentro de dos ó mas individuos sigue el *saludo* y el cumplimento; esto es indispensable, necesario; no precisamente por atencion, sino por interés particular: todo encuentro es una sorpresa, á la sorpresa sigue el aturdimiento; pero el *saludo* y los cumplimientos que le siguen sirven para reponerse, y en aquellos instantes el deudor formula una excusa para el acreedor, el pretendiente una súplica, el amante urde una mentira que tranquiliza á su amada, y el amigo se sincera por no haber sido exacto á la cita; en fin, el *saludo* es necesario, y su origen debe ser tan antiguo como la mentira.

El *saludo*, segun Pascal, es como los caracteres, altivo, sencillo, bondadoso, insultante, benévolo, frio, humillante, bajo, orgulloso, triste, inquieto, miserable, audaz, sucio y de desprecio; hay saludos que irritan, los hay que placen, y los hay que escitan desprecio: al ver dos sugetos que se saludan, la actitud de ambos descubre su carácter, y poca observacion basta para conocer la distancia que los separa.

El *saludo* mas estremado es el mas necio; un hombre de buen juicio saluda con suma sencillez.

El necio que se precia de cumplido, pierde á cada momento el equilibrio por no faltar á su máxima, mientras que el sábio, sencillo y franco, saluda á su amigo con la cabeza erguida, y con bondad.

Entre las mujeres, el *saludo* no tiene mas que dos caracteres generales en que se reasumen los particulares citados, y son: ó tocarse las puntas de los dedos y hacer una ligera inclinacion de cabeza, que nada dice mas que indiferencia, ó darse un par de besos, cuyo sonido seco y descarnado hace daño al que lo oye, porque solo ve ficcion en esta muestra de cariño, en que se prostituye la mas pura expansion del alma; por manera, que este *saludo* dice menos que ningun otro, y significa mas.

Cuando la mujer saluda á un hombre, si el *saludo* es de etiqueta con arreglo á la Moda, se dan muy ligeramente la mano, ambos bailan, y las mas ridiculas contorsiones preceden á la conversacion; pero si es de franqueza, un afectuoso apretón de manos, que muchas veces encierra una pregunta y una respuesta, bastan para entrar en materia.

No cabe duda que en general el *saludo* tiene mucho de ridículo; pero como tambien es hijo de la Moda, nos conformamos con sus exigentes variaciones, y á lo ridículo lo llamamos elegante.

TEATROS.

Como anunciamos, se ejecutó en el Teatro Real *La Norma*, esa sublime inspiracion de Bellini, que siempre se oirá con encanto, porque siempre es nueva, como lo será todo lo que es tan bueno, tan sublime. En ella hicieron su salida la Sra. Gazzaniga y señorita Isturiz, alumna del Conservatorio de Madrid.

La primera posee una voz magnífica, un canto delicado, y una acción maestra. El temor con que se presentó en escena, no la permitió lucir todas sus dotes, como las irá luciendo; y sin embargo, fué repetidas veces aplaudida, y la hicieron salir á las tablas terminada la función.

La señorita Isturiz, con ese natural temor de quien se presenta por primera vez ante un público tan respetable é imponente como el que llenaba todas las localidades del régio coliseo, desempeñó lucidamente su papel de Adalguisa, y arrancó espontáneos y merecidos aplausos, porque su voz es grata, armoniosa, sus maneras son delicadas, y posee cualidades que la auguran un magnífico porvenir.

En el Príncipe, para solemnizar la venida á Madrid de los restos del inmortal Moratin, se ha puesto nuevamente en escena el *Sí de las Niñas*, que cada vez se oye con mas gusto. Esta bellissima comedia, que parece escrita para el Sr. Arjona, llenó el teatro, y le llenará algunas noches, porque no se cansa uno de ver aquel D. Diego y aquella Paquita, que parecen el tipo que sirvió de original á Moratin. Ponga en escena el señor Arjona todo el repertorio del poeta cuyos restos se hallan ya entre nosotros, y de seguro que el público le demostrará el culto que rinde al innovador de nuestro teatro, y al grande actor, que tan bien le interpreta.

En el Circo se ha estrenado la *Estrella de Madrid*, de la que nos ocuparemos en nuestra próxima revista.

En la Cruz *Las Ruinas de Babilonia* atraen alguna concurrencia á admirar los esfuerzos de esta empresa.

Variedades abre al fin sus puertas como lo anunciamos.

MODAS.

El año camina á su fin con una velocidad que desespera: los árboles han perdido su verdor: las hojas, marchitas por los primeros frios, caen, adonde todo va á parar en este mundo, en el olvido y la muerte. Las últimas flores, estas flores de otoño tan apetecidas, se muestran tan pálidas é inodoras, que si pudiésemos suponerlas sensibilidad, diríamos que padecían; ¡tanto han perdido su aroma y sus poéticos matices!

Yo, lectoras mías, habia querido gozar en el campo de los últimos dias del buen tiempo; oír en la espesura del bosque los gemidos del viento de Octubre; meditar en el aspecto melancólico de la moribunda naturaleza. Pero ¡ay! hasta la poesía nos abandona al considerar que todo declina. Felizmente nosotros tambien seguimos el mismo camino, porque nada hay tan triste como el sobrevivir á las ilusiones de la juventud. Así, pues, á Madrid me vuelvo á pasar revista á las maravillas industriales con que nos brinda la Moda de invierno.

Principiarémos por las telas para vestidos. Para encontrar lo mas rico, nuevo y elegante es indispensable visitar los bien surtidos almacenes de la calle del Cármen.

Muy embarazados nos veríamos si hubiésemos de detallar una á una todas las maravillas industriales que esponen á nuestra vista. Nos contentaremos por ahora con dar una idea de lo mas principal, sin perjuicio de estendernos mas adelante sobre algunos artículos especiales.

En telas de seda, por ejemplo, hay lo mas magnífico que jamás se haya fabricado. Los drogúets, los muarés antiguos, lisos y brochados, los reps con dibujos de terciopelo, los damascos, disputan la riqueza y buen gusto de sus tejidos con los tafetanes y gro-

ses escoceses, cuyos colores fuertes y opuestos forman grandes cuadros del mejor efecto. Hay sobre todo una actualidad llamada *popelina de Lyon*; graciosa tela, y muy á propósito para traje de paseo. En telas de lana, las hay muchas y muy lindas donde escoger, y en las de mezcla hay tanta variedad en sus clases y nombres, que nos seria imposible ennumerarlas, aunque quisiéramos.

En cuanto á hechuras, parece que vuelven los cuerpos cerrados: así á lo menos hemos visto algunos, y no podía menos de suceder despues del furor que ha habido por los vestidos abiertos y mas escotados, generalmente, de lo permitido por la buena moral.

Para manteletas y abrigos el terciopelo será este año la tela preferida, alternando con el raso y el muaré antiguo: esta última por su riqueza, consistencia y alto precio, que impide ser llevada por la generalidad, será muy aceptada entre las personas de buen gusto.

Con los primeros frios tambien en las modas de hombre se va dejando ver la transicion que la estacion determina, y el *paletot* es por ahora la prenda de abrigo adoptada. Para que pueda llevarse con comodidad en el brazo al entrar en el teatro, conviene que sea de una tela consistente al par que flexible.

Al efecto se hacen de una tela inglesa, llamada *masscloth*, que es una especie de paño suave, tupido, y que reúne todas las cualidades apetecibles.

En cuanto á la forma, el paletot varia muy poco de los del año pasado, pero para que se distinga de aquellos, se llevan un poco mas largos. El cuerpo va abotonado con dos hileras de botones: el cuello es de terciopelo: las solapas forradas de seda; la manga ancha y sin vuelta, aunque forrado el ba-

jo de terciopelo, para que, si se quiere doblar un poco, forme vuelta.

El pantalon se lleva de mezela ó de telas lisas con tiras al costado.

Los chalecos se hacen de *Vatelina*, que es una tela de seda floreada, y que viste mas ó menos, segun su color ó dibujo. El chaleco para traje de mañana se lleva echado solamente el último boton al lado del cuello, dejando abierto todo lo demas hasta los dos últimos, de modo que pueda lucirse la camisa.

Es de advertir que un hombre un poco á la moda no puede menos de llevar en la mano un baston elegante.

Como las mujeres somos un poco curiosas, y nosotras por demas aficionadas á averiguar el origen de las modas, cuyo uso por lo generalizado se convierte casi en una necesidad, tenemos entendido que la moda de los bastones no se conoció en Francia hasta el reinado de Henrique II, siendo ya en 1655 un accesorio obligado para los elegantes de Inglaterra, que le añadieron, para apoyar la mano con mas comodidad, una cabeza ú otro objeto raro. El capricho imaginó hacer estos puños huecos, y llevar en ellos pastillas de magnesia para el dolor de estómago, ó de goma para el asma. Cuando el uso del tabaco se hizo comun entre las gentes de buen tono, el baston les servia de caja, y era de ver como al encontrarse dos amigos, despues de los saludos de estilo, quitaban el turbante á la cabeza de turco de su baston y se ofrecian un polvo. Si los bastones de nuestros elegantes no fueran tan ligeros podrian servirles seguramente de petaca.

En honor á la historia del baston rogarémos á los señores hombres dispensen otro dia nuestra misuciosidad al tratar de sombrillas, abanicos, ú otros chismes del adorno femenino.

Aurora.